

## UN EJEMPLO DE DISERTACIÓN

Enunciado: ¿Pueden las palabras detener la violencia?

### [INTRODUCCIÓN]

Los diplomáticos y los políticos no cesan de convocar “conferencias de paz”, reuniones en las que mediante los discursos se eviten confrontaciones bélicas o se consiga que cesen las ya emprendidas. En el nivel de las relaciones interpersonales también se invita a quienes se han enzarzado en una pelea, por ejemplo, los niños o los adolescentes en un centro escolar, a que hablen entre sí, generalmente con la ayuda de un tercero, para exponer mutuamente sus quejas y encontrar un acuerdo que no se apoye en puñetazos y patadas. Asimismo se intenta a veces resolver los conflictos entre adultos a través de la mediación de un experto que facilite el diálogo de las partes enfrentadas (conflictos de pareja, mediaciones o arbitrajes extrajudiciales, etc.). Pero si bien la historia y la experiencia cotidiana muestran que a veces dialogar ha servido para evitar actos violentos o conseguir que no continúen una vez iniciados, sin embargo, el hecho mismo de que estos se reiteren periódicamente suscita la sospecha de que la palabra tiene un poder limitado sobre la violencia y es incapaz de desterrarla para siempre de la convivencia humana. Estremece pensar que tanto la historia sagrada como la profana se inician con un fratricidio. Movidio por la envidia, Caín golpea a Abel hasta la muerte; Rómulo mata a Remo, que acaba de saltar sobre el surco que representa simbólicamente los muros de la ciudad recién fundada por ambos. Por desgracia, las innumerables palabras intercambiadas desde entonces por los seres humanos no han suprimido definitivamente la utilización de la fuerza en el trato entre las personas, ¿será, pues, la violencia un elemento inseparable de las relaciones humanas?

### [I. DIFERENCIA ENTRE VIOLENCIA Y DISCURSO]

La palabra y la violencia se excluyen mutuamente. Cuando se golpea a alguien no se dialoga con él. La violencia física difícilmente coexiste con la palabra. Por lo general, el golpe exige la mudez; todo lo más, permite el grito de quien golpea (recuérdese el chillido del tenista o del karateka) o el aullido dolorido de quien recibe el daño. Solo cuando se da franca superioridad, cabe simultáneamente infligir un dolor y esperar un sermón. Así, el verdugo a veces acompaña con palabras su tormento. O'Brien, el inteligente torturador del protagonista de la novela de Orwell 1984, aprovecha las sesiones de suplicio para endilgarle soflamas políticas. Pero estos casos son la excepción ya que la riña a golpes excluye el intercambio inteligente de palabras, si por tales entendemos algo más que las exclamaciones que expresan nuestros estados anímicos.

Como señala Aristóteles, la palabra supera la voz porque busca lo justo o injusto, o sea, toma distancia respecto de quien la pronuncia que, a través de ella, sale de sí mismo, por decirlo de algún modo, trasciende sus emociones y sensaciones, para captar lo que les supera: lo justo, lo bello, lo verdadero, y comunicarlo al otro. Hablar supone la distancia, que la violencia física elimina. Requiere una mediación, recurso a un tercero, a modo de árbitro o mediador, que no tiene por qué ser una personal, sino que basta con que sea un principio, una regla, un ideal. Por esta razón, salvo en la situación extrema de profunda desigualdad, donde el diálogo se torna asimismo imposible, la violencia física y la palabra se excluyen mutuamente.

Reiterémoslo: la violencia es inmediatez. Contacto físico, de cuerpo con cuerpo o, al menos, del instrumento manejado por el agresor –el bastón, el látigo, cuchillo- con el cuerpo agredido. En cambio, el diálogo reposa en la mediatez, en la distancia. Lejanía de quienes hablan que se reconocen mutuamente como otro yo. Y separación entre acto y objeto. El discurso se abstiene de manejar “cosas” o “personas”, para servirse de palabras, vicarias de las cosas. Es siempre acción a distancia. Sin palabras, aunque fuesen gestuales, nuestras relaciones con los otros serían siempre violentas. A la inmediatez espacial o metafórica del golpe o empujón violento, le acompaña una inmediatez temporal. La violencia obedece a un impulso, sigue un ritmo irracional. Si el boxeador piensa su golpe, recibe varios antes de lanzar su puño. En cambio, el discurso requiere pausas, ordenación de los argumentos, espera de las respuestas. El lenguaje interpone, entre el sujeto y su acción, la reflexión. El mero hecho de ponerse a hablar detiene el ejercicio de la violencia, supone una pausa en la batalla, da ocasión de descubrir lo nimio de las razones para el enfrentamiento, el riesgo de perder cosas muy valiosas en la lucha.

Por consiguiente, cuando las palabras se adueñan de la situación, la violencia cesa y viceversa. Ahora bien, hemos de preguntarnos si la palabra supone solamente una pausa en la lucha, una breve interrupción del intercambio de golpes o puede alcanzar a disolver la agresión, a eliminar definitivamente el recurso a la violencia.

## [II. LA PALABRA TAMBIÉN ES VIOLENCIA]

Con espanto recoge Platón el testimonio de ciertos pensadores, los sofistas, que loan la violencia y vituperan el diálogo. Calicles, Polo, Gorgias, con independencia de su auténtico pensamiento y en algún caso su existencia verídica, se muestran en los diálogos platónicos como defensores de la naturalidad de la violencia para regular las relaciones humanas. A su juicio, los poderosos ostentan todo el derecho, que proviene precisamente de su mayor fortaleza, única fuente de legitimidad según algunos sofistas, para imponer a los débiles sus deseos e intereses. Lo curioso, y seguramente devastador para

la posición de estos pensadores, es que se ven obligados a reconocer que a veces el recurso a la palabra detiene la agresión. De hecho, lo que se jactan de enseñar, a quienes están dispuestos a pagarles los altos emolumentos que cobran, es de qué modo, mediante un arma tan pequeña e insignificante como las palabras, intengibles soplos de viento, apenas sin esfuerzo ni riesgo se obtienen los fines pretendidos de dominación. Si cabe convertir en “más fuerte” el “más débil” de los argumentos, si es posible embaucar a la multitud para que se adhiera a cualquier tesis, si la persuasión convierte siempre a quien sobresale en su técnica en dueño de la situación, entonces la palabra se convierte en un arma muy eficaz, que exige menos energía que la fuerza física y expone a menores riesgos a quien la maneja.

Es como si dispusiéramos de dos caminos para obtener nuestras metas, como si cupiese echar mano de dos herramientas para lograr que los otros se comporten como deseamos. Un procedimiento, el más basto y rudo, es la violencia física ejercida o la violencia con que amenazamos, de esta forma torcemos la voluntad de los demás, los ponemos al servicio de nuestros fines, los convertimos en nuestros esclavos, sumisos a nuestras apetencias. Lo mismo se obtiene a gran escala con la propaganda, la persuasión, la publicidad... formas en que las palabras aspiran a la sujeción del otro. No obstante una gran diferencia separa ambos procedimientos. En los dos conseguimos modificar el curso del proceder de otro ser humano. Ya no hace lo que, sin nuestra intervención, realizaría. Sin embargo, mediante la violencia él se siente herido, constreñido por una fuerza que lo supera, obra a regañadientes y, posiblemente, responderá con otra violencia tan pronto como se sienta capaz. La violencia detiene la disputa con el triunfo de una parte, pero no la concluye, la adormece, de modo que quien la experimenta acopiará fuerzas para vengarse, abrirá de nuevo el conflicto violento cuando las circunstancias le sean propicias y sus hijos heredarán el ansia revanchista. Y, como Hobbes observa, ningún ser humano es suficientemente fuerte para sentirse a salvo del ataque de otro ser humano; la distracción, el sueño, el agotamiento o la asociación de los débiles pueden derrotar al más vigoroso e inteligente.

En cambio, si empleamos la palabra persuasiva para obtener la adhesión del otro a nuestros fines, si torcemos su voluntad engatusándole, si gracias a un acto de birlibirloque verbal le hacemos creer que desea lo que realmente no desea, entonces habremos obtenido, a menor precio, lo que costosamente hubiéramos logrado de forma violenta y sin la conciencia en el otro de su propia derrota. Calicles tiene razón. La palabra, sometida a la técnica de la retórica, sustituye con ventajas a la violencia y, en el caso ideal, la excluye definitivamente.

Pero la argumentación anterior nos lleva a afirmar no tanto que la palabra detenga la violencia, sino que constituye con ciertas ventajas de ahorro

energético y de mayor seguridad una de las formas en que se presenta la violencia –la agresión física- por otra forma, si más sutil, no menos constrictiva. Y si nos atrevemos a calificar de violencia el recurso, por ejemplo, a la propaganda, es porque también en este caso un ser humano dirige la conducta de otro y modifica, aunque acaso sin que este se dé cuenta, lo que iba a ser su comportamiento. Ya no es zarandeado por brazos musculosos, pero se mueve al compás que fijan los eslóganes que turban su entendimiento y remueven en él pasiones que, en otras circunstancias, jamás hubiesen brotado. Violencia leve, intangible, acorde con la escasa materialidad de la palabra, pero igualmente ligada al dominio de un ser humano por otro.

La violencia de la palabra parece inocuo porque no rasga la piel, no amorata la carne, no quiebra los huesos, pero puede ser asimismo sometimiento y dominación. Además no siempre se basta a sí misma. Cuando Weber atribuye al Estado, fruto último de la razón y de la palabra, según Hegel, el monopolio de la violencia, reconoce implícitamente que la panacea definitiva que borraría de las relaciones humanas los actos violentos es una nueva violencia si más racional, no menos contundente. En otras palabras, Weber confiesa que, a la postre, solo una violencia física puede detener una agresión, que la palabra no es siempre eficaz para hacer entrar en razón al egoísta, al exaltado o al perverso. Por eso, la fuerza del Estado se limita a encauzar, mitigar, reducir la violencia de unos individuos contra otros a través del recurso de una violencia mayor. La palabra, el discurso, lo más que puede lograr al respecto es, pues, ordenar la violencia, no aniquilarla.

### [III. CONCLUSIÓN]

La paz que destierre toda violencia para siempre solo la traerá la renuncia al dominio, el reconocimiento de la absoluta alteridad, la admisión del otro que yo, al que no pretendo sojuzgar, ni engañar, ni convencer, ni siquiera comprender, que es asimismo una forma tenue de reducción de la alteridad a la mismidad y, por ello, de violencia, cuya esencia se muestra en el acto de ingerir para convertir en carne propia lo extraño. Para el filósofo Emmanuel Levinas, la violencia se detiene únicamente con la paz generada por la propia responsabilidad, no de mis actos, de los que habría de dar cuenta ante un supuesto tribunal, sino mi responsabilidad por el otro que yo, al que debo cuidar y proteger, y permitirle ser lo que es de por sí. En el imperativo moral de no matar –donde se incluye no mutilar, no debilitar, no esclavizar, no avergonzar- hallamos el germen destructor de la violencia. Solo si se mostrase que este imperativo moral proviene de la razón, encarnada en discurso, cabría responder afirmativamente a la cuestión planteada: la palabra es capaz de detener la violencia. Si, por el contrario, el imperativo moral, que no solo me impide matar, sino que, más allá de la abstención, me obliga a

responsabilizarme del otro, fuera irreductible a la razón, inepta de obtenerlo de sí misma, como Zeus extrajo de su cabeza a Atenea, revestida de sus armas, bienvenidas sean las palabras que mitigan la violencia, pero desesperemos de que ellas nos traigan la genuina paz cantada por los profetas de Israel, anhelo de todos los pueblos de la tierra.

(J.J.G.N.)